

dencia de la materia.—Se puede apellidar inmaterial *negative* en cuanto no es cuerpo ni materia, y también *similitudinaria*, en cuanto las potencias y operaciones vitales que en ella radican son de un orden superior á las plantas y cuerpos inanimados, y tienen analogía con las potencias y operaciones de las sustancias espirituales y subsistentes.

»Son facultades de los animales,—según el mismo autor,—la sensibilidad, que puede ser externa é interna, y

»la facultad locomotriz.

»La facultad interna comprende—

»el sentimiento común,—la imaginación,—la estimativa,—la memoria sensitiva —y el apetito sensitivo... etc.»

Hemos preferido copiar literalmente las opiniones resumidas del respetable autor católico, excelentísimo é ilustrísimo señor P. Fr. Zeferino González, arzobispo de Sevilla, que ha escrito en estos últimos años sobre materia de suyo oscura y difícil, acerca de la cual los sabios más distinguidos, tanto católicos como materialistas, están en completo desacuerdo dentro de sus propios principios. Sin embargo, nos permitiremos algunas reflexiones. La Providencia en todas sus obras sigue el plan que concibió en su mente divina para que se realicen en formas tangibles y reales todas sus sublimes concepciones. Estas exageradas ideas inspiradas por el espíritu intransigente de escuela y en particular de la escuela monista ó unicista son muy perjudiciales para los progresos de la humanidad.

Ante todo se ocurre preguntar: ¿Todos los animales que componen la escala zoológica, con exclusión del hombre, están dotados de la facultad de pensar? Ciertamente que no. Entonces ¿cuáles serán los que gocen de este privilegio y los diferentes grados de su desarrollo en aquellos que algo piensan?...

Difícilmente se puede contestar á estas preguntas sino valiéndose de observaciones más ó menos aventuradas que comprometidas, donde se examinen los actos del *yo* sin prevención alguna. Los naturalistas han dividido el reino animal en cuatro *tipos*, que son: vertebrados, articulados, moluscos y zoófitos, á los cuales se puede añadir el llamado *heteromorfo*. El tipo primero se divide en cinco clases, que son: mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces; y los mamíferos en tres subclases: monodelfos, didelfos y ornitodelfos. La primera subclase consta de catorce órdenes.

Ahora bien, descartando de esta subclase, que comprende los vertebrados, mamíferos y monodelfos, el *orden primero* constituido por el *Homo sapiens*, que forma ya un reino aparte, el reino *hominal*, y donde se encuentra el *alma humana*, nos quedan los otros trece, á los cuales se les quiere reconocer facultades psíquicas.

Bueno será recordar que la Naturaleza no tiene tipos, clases ni géneros; estas son clasificaciones y divisiones artificiales para facilitar el estudio.

Entre los innumerables individuos que forman el reino animal, no hay uno siquiera que sea susceptible del estudio psíquico y conozca algo del *yo* en sus actos internos y externos. En todos ellos examinamos los actos exteriores con sus accidentes y detalles para compararlos con los nuestros, y de esta comparación más ó menos justa, deducimos con absoluta libertad, las analogías que consideramos aceptables con la generalidad del linaje humano. Buscamos, en fin, las consecuencias que mejor se avienen con nuestros deseos, confundiendo lastimosamente el alma racional, propia y peculiar al hombre, con el principio sustancial ó alma de los animales que corresponde á los brutos.

Sobresale, ante todo, el lenguaje que exclusivamente concierne á la humanidad, que por imperfecto y rudimentario que se le suponga, permite expresar á cada uno las ideas y pensamientos y cuantas concepciones crea su alma racional, oír las de otros individuos, establecer fáciles comunicaciones, todo lo cual no tiene lugar en los demás seres animales, aun en aquellos vertebrados de la primera clase, donde están comprendidos los que por su construcción anatómica se aproximan más al hombre. ¿No habéis observado ese otro lenguaje figurado, esa mímica natural con que el hombre da á conocer los sentimientos de su alma, haciendo al propio tiempo que los entiendan y comprendan sus semejantes? Si los sonidos inarticulados de los animales que distinguimos con los nombres de aullido, maullido, relincho, graznido, balido, arrullo, ladrado, mugido... etc., y el canto ó pitido de las aves; sin contar los variados ruidos que producen los insectos á los que llamamos *estridulación*, ni los movimientos antennales que se interpretan á placer, queremos llamarlos lenguaje, lo cual no dejaría de ser una extravagancia, sea en buen hora; pero este pretendido lenguaje es muy imperfecto, escaso é insuficiente, que nada dice ni representa idea alguna, y que por su intervención es de todo punto imposible señalar las causas internas de los actos externos de los seres irracionales, más que por una conjetura ó presunción de nuestro deseo. ¿Cómo, pues, será posible que conozcamos las operaciones psíquicas de los animales, aun de aquellos que la anatomía ha colocado cerca del hombre, como los cuadrumanos? Y si esto no es posible con la familia símica ¿como exigir que este conocimiento lo tenga la girafa, la cabra, la zarigüeya, pr. ej., ó cualquiera de los individuos de las otras clases y tipos inferiores? Y ¿qué diremos, si se buscan estas analogías en los infusorios ó en los espongiarios? A pesar de todo somos de sentir, que la inducción dirigida con prudencia ha de suministrar algunos datos de gran valer para aclarar este importante problema.

La *palabra*, peculiar al hombre, es un sonido articulado que da á conocer



una idea, una manifestación clara y precisa de nuestros pensamientos y de la percepción universal. Estos sonidos articulados, signos convencionales de la inteligencia y de la razón que son potencias verdaderamente espirituales, no las encontramos en ninguno de aquellos sonidos ó gritos naturales, aun cuando esforcemos cuanto se quiera la materia á favor de los brutos. El transformismo de las especies encuentra por todas partes obstáculos invencibles, que la sagacidad de sus fautores no ha podido disipar, siendo tales obstáculos, hijos de haberse puesto el transformismo en contradicción consigo mismo.

El hombre de las selvas y el incivilizado tienen sus signos, y hablan como aquel que goza de una instrucción perfecta; y si el animal tuviese una construcción anatómica á propósito, no podría hablar porque carecería de pensamiento y de inteligencia. Así vemos que aquellos seres animales que á fuerza de trabajo llegan á articular una ó más palabras, no han alcanzado nunca á comprender el valor de los signos que emiten.

Como las sensaciones reflejan en el alma las formas y propiedades de los objetos exteriores, las palabras deben representar las cosas objetivas y las ideas subjetivas. El lenguaje puede ser mimico, musical y verbal, gráfico y simbólico.

El hábito, se ha dicho, perfecciona el juicio y embota la sensibilidad; y he aquí por qué admitimos en los seres inteligentes el hábito activo y el hábito pasivo. Por medio del hábito nos acostumbramos á las excitaciones y á las reacciones del mundo externo, hasta alcanzar poco á poco una modificación sensible en el organismo. Así toleramos el uso de ciertas sustancias tóxicas ó estimulantes, ó hacemos una necesidad de muchos cuerpos que tomados en otras circunstancias en cantidades diminutas nos hubieran causado graves perturbaciones y quizá la muerte. El hábito imprime en nosotros la costumbre forzosa de realizar ciertos actos bien á pesar nuestro.

Las consecuencias del hábito se observan de un modo más tangible en los animales; pero no todos en sus diversas gerarquías dan lugar á un resultado fijo como efecto de una impresión repetida. En todo animal en el que una misma impresión produce una reacción fácil, se dice que es susceptible del hábito. Empero aun cuando se desarrolle de un modo más ó menos perfecto, no por eso se deduce que posee la sensibilidad, la memoria, la inteligencia y la voluntad.

No debemos confundir el hábito con el instinto. Los instintos, las inclinaciones y las aptitudes, se transmiten hasta cierto punto en el hombre por herencia; pero esta transmisión posible no es regular ni frecuente; no es una *ley*, es, sí, una *posibilidad*. En los animales se observa todo lo contrario; el instinto y las inclinaciones siguen sin modificación alguna al través de los tiempos y de las

generaciones, á pesar de la educación, de nuevas causas atmosféricas y de la acción de los agentes cósmicos. La abeja fabricará siempre su colmena de la misma manera, la avispa hará otro tanto con sus nidos, los pájaros harán también lo propio según sus órdenes y especies y, tal vez, de las familias; las hormigas seguirán *ocupando sus ocios* haciendo esclavos ó estudiando su táctica militar y especial para dirigir *sus ejércitos al combate*; el cuclillo echará del nido á sus verdaderos dueños y el castor no cambiará jamás la disposición de su madriguera ni el *trogodites calvus* su cueva, porque el instinto como fuerza ciega, así lo ordena y manda en todos ellos. Empero ¿y el hombre? El hombre construirá palacios, vías férreas, puentes, buques monstruos... dominará con su inteligencia los mares y los continentes.

Tanto en el hombre como en aquellos animales que algunos les concede la facultad de pensar, la inteligencia aunque en grado débil y el instinto, contribuyen de consuno, en proporciones diferentes, á la mayor parte de los actos internos y externos. El instinto suple entonces las flaquezas de la inteligencia. Grande y elevado, como hemos manifestado, es el papel que representa el instinto aun en los actos intelectuales del hombre. Es muy posible que los animales más inteligentes, si acaso raciocinan, como pretenden algunos sabios, lo hagan por medio del instinto, que de otro modo es muy dudoso y problemático.

En una palabra, parece que los actos de inteligencia, como atributo exclusivo del alma racional, se revelan por la voluntad, la premeditación y la reflexión, realizando combinaciones según la probabilidad del éxito y las circunstancias que concurren al resultado. Es un acto deliberado y libre, que no se reconoce en los brutos.

Todo cuanto corresponde al instinto proviene de una fuerza oculta y ciega, que induce á actos espontáneos é involuntarios: actos sin reflexión, inconcientes y necesarios, que algunas veces son superiores á los que provienen de la inteligencia y de la razón. Estos actos son más propios y frecuentes en los animales que en el reino hominal.

El animal no conoce el progreso, no combina sus ideas, ni hay en él reflexión. Sus trabajos especiales y distintivos son siempre iguales, se realizan bajo un plan invariable y todos tienen idéntica capacidad para ejecutarlos. En estos trabajos del instinto, que no admiten mejoramiento ni pueden perfeccionarse, observamos la falta absoluta de inteligencia y de razón.

Empero es evidente que los animales no tienen idea alguna del *yo*, como de un sujeto constante bajo la variedad de sus sensaciones, de sus pensamientos y de sus actos; que carecen absolutamente de toda noción sobre los principios necesarios; que no perciben ni ven de un modo claro y distinto lo abs-



tracto de lo concreto, lo general de lo particular, ni lo simple de lo compuesto. Sus raciocinios, si así se quiere llamarlos, no se pueden equiparar á los nuestros, porque la verdadera función de raciocinar no existe en ellos; debemos, por lo tanto, creer que su inteligencia, si tal puede denominarse, se limita á ver solamente el hecho concreto que sirve de *premisa*; que ven la *conclusión*, y el instinto suple la concepción de la *mayor* y el enlace lógico. En general, ciertas operaciones intelectuales del hombre, y sobre todo del hombre ilustrado, son operaciones múltiples de carácter analítico y reflejas; en los animales parece que son simples, sintéticas y en su mayor parte instintivas. El índice de estas diferencias entre los procedimientos intelectuales del hombre y de los animales se hallará en la variedad del lenguaje y en las concepciones del alma representadas por la mímica. Se dice que los animales poseen signos naturales y aún artificiales para dar á conocer sus sentimientos y necesidades, sus pensamientos y sus deseos, al menos así lo interpreta nuestra ilusión y buen deseo; pero carecen en absoluto de signos especiales, los cuales cada uno ha de corresponder á una noción abstracta, á una concepción general, ó á una idea de la inteligencia y de la razón. Así, ningún animal puede representar por diferentes combinaciones de un mismo sistema de signos las construcciones correspondientes á las ideas, que algunas se hallan fuera de la percepción sensible. Hemos visto á sordo-mudos de mediana inteligencia aprender con facilidad uno ó más sistemas de signos mecánicos y una ó varias lenguas escritas. El animal más inteligente no alcanzará jamás á comprender una sola frase de nuestros idiomas, sino cuando á fuer de repetirla se ha vuelto para él en su conjunto el signo convencional de una sola y única noción sensible, como temer algún castigo, tomar alimento ó ejecutar una determinada acción, que llega á realizar por el hábito.

Es muy posible que no se haya estudiado aún cual corresponde el instinto de los animales, pues éste parece tener para cada especie una permanencia constante é invariable que no dejará de presentar algún obstáculo á la selección natural. En esto no queremos que se confunda el instinto verdadero con el hábito, que puede en ciertos casos ser el resultado de la educación y de la domesticidad.

Nos parece muy del caso recordar lo que manifestaba el sabio señor Dumás, decano de los químicos del mundo en la Academia de Ciencias de Francia con motivo del discurso leído por el señor Taine: «El hombre, decís (habla el sabio químico francés señor Dumás), es un animal de una especie superior que produce filosofías y poemas, poco más ó menos como los gusanos de seda hacen sus capullos y las abejas labran sus panales. ¡Poco más ó menos! ¿No véis, que esclavos natos de un trabajo uniforme, y encargados de facilitar un producto

idéntico, cuya naturaleza y cantidad no han cambiado los siglos, cada gusano produce su seda y cada abeja su miel? No abusemos de la zoología porque nos llevaría demasiado lejos. No intentemos persuadir al hombre, predestinado por su inteligencia á elevarse á través de los siglos, de que se parece al gusano de seda y á la abeja, condenados por la naturaleza á la inamovilidad. —Hace algunos miles de años que, detenido el hombre en las orillas del mar, desnudo y armado únicamente de su pensamiento (continúa el señor Dumás), contemplaba con curiosa audacia la inmensidad que le atraía, ese globo ardiente de fuego saliendo de entre las olas por la mañana para hundirse en ellas por la noche después de haber descrito su curva en los cielos; y entre tanto el gusano de seda dentro de su capullo y la abeja en su panal estaban ya entregados á su monótono trabajo. Hoy, el hombre, vencedor del Océano, da jugando la vuelta al mundo en algunas semanas y ha descubierto el curso del sol; y entre tanto, hoy, como hace algunos miles de años, el gusano de seda construye todavía su estrecha prisión balanceando su cabeza con automático movimiento, y la abeja modela con la misma cera la misma celda en idéntica forma geométrica, cuya ley conoce la razón del hombre, pero cuyo secreto ignorará siempre el instinto de la abeja.»

¿Quién duda que el hombre más degenerado, el más ignorante, el más estúpido y abyecto manda y domina al animal más astuto, ligero y sanguinario? El animal obedece siempre al hombre y sumiso se presta á sus caprichos y exigencias. Jamás animal alguno ha tenido la ocurrencia y buen humor de poner á su servicio á un hombre, ni á otro animal de su misma especie ó de otra cualquiera; jamás ha ejercido actos de superioridad ni aun para proveerse del alimento y conservar la existencia.

Aquí se presenta naturalmente otra cuestión de no menor importancia; tal es, la del *libre albedrío*. ¿Tienen los animales libre albedrío, ó están desprovistos de él? Para el señor Moleschott el libre albedrío no existe. Todos los actos voluntarios dependen de las influencias que impulsan al hombre á cada instante, ó bien de su negligencia en contrarestar los actos más poderosos. Como acérrimo materialista y unicista no transige, y sigue la doctrina panteísta de Spinoza, que resume en las siguientes palabras: «El hombre, como sér físico é inteligente es la obra de la Naturaleza. Todo su sér, sus acciones y su voluntad, su pensamiento y sus sentimientos están fatalmente sujetos á las leyes que reinan en el universo.»

En cambio, otro profesor ilustre, que por cierto no han de rechazar los materialistas, se condolía de los extravíos del materialismo. «La moral, exclamaba el sabio consejero señor Rodolfo Wagner, en la mayoría de los naturalistas y médicos alemanes de Göttingue, la moral que se desprende del materialismo



científico se resume en estas palabras: «Comamos y bebamos, mañana todo habrá concluido para nosotros. Todos los grandes y nobles pensamientos son vanos desvaríos, fantasmagoría, juegos de autómatas con dos brazos, que corren sobre las dos piernas y se descomponen en átomos químicos para combinarse de nuevo..., etc. Como una danza en un hospital de locos, continúa este filósofo, sin porvenir, base moral..., etc. La naturaleza no existe ni por la religión, ni por la moral, ni por los hombres, existe por sí misma..., etc., etc.»

No olvidando que muchos animales parece que poseen la facultad de realizar actos voluntarios, se les puede conceder el libre albedrío en un grado más ó menos elevado; pero si todos los actos de la voluntad no son esencialmente libres se les debe negar en absoluto.

En el hombre la prueba más tangible del libre albedrío se halla en la conciencia de cada uno y en el testimonio de la humanidad. Hay animales, dicen, que quieren y obran en virtud de un motivo marcado, á los cuales se les ve titubear antes de tomar una resolución; pero falta saber si hay en ellos libertad, ó bien si las distintas fases de la vacilación y su resultado definitivo no son otra cosa que los efectos necesarios debidos á las diferentes excitaciones que recibe su sensibilidad, y los distintos sentimientos que se suceden en su imaginación; es decir, falta averiguar si tienen conciencia.

El hombre elige libremente según los motivos que impulsan su acción, los cuales derivan de variados principios: como la pasión, el interés y el deber; y según el señor Jouffroy, en su *Curso de derecho natural*, y el señor Javary, sobre *La certeza*, depende de su voluntad la preferencia que da á uno de ellos, oponiéndolo á sus instintos y á sus hábitos. En el hombre la pasión se distingue del interés, porque así lo exige un motivo superior, cual es el deber. La pasión es un sentimiento que la fantasía eleva y exalta á un grado sublime para ejercer su imperio sobre la voluntad.

Para el animal el objeto de la pasión es el placer presente, y el interés del placer futuro. El instinto, considerado en sí, no tiene por principio ningún cálculo de interés individual, y muchas veces ciertos instintos que entrañan una causa final evidente y relativa, como, por ejemplo, la que se refiere á la perpetuidad de la especie, se oponen al interés y al placer de los individuos que obedecen ciegamente al apetito sensitivo, sin alcanzar á comprender el objeto de la Providencia. El animal no cede al instinto sin algún placer, y no se aparta de él sin dolor; es probable que el instinto saque toda su fuerza de la sensibilidad. Por consiguiente, en el animal los principios se reducen á que todos los motivos se representen por cantidades comparables entre sí, y de las cuales la más fuerte será, en un momento dado, la que impere sobre todas las demás. De aquí se puede inferir, que no hay prueba alguna que demuestre que un

animal tenga la facultad de *obrar libremente* con más ó menos energía hacia este motivo con preferencia á otro; mientras que el hombre á cada instante hace uso de esta facultad. Además, tampoco se reconocen en el bruto ninguno de los caracteres de moralidad, porque no concibiendo el principio necesario no tiene noción del bien y del mal moral, ni mucho menos del deber.

Según esto, los animales no tienen inteligencia, están desprovistos de aquellas ideas que hacen que el hombre adquiera la ciencia y refleje la libertad moral. El conjunto de operaciones que en los animales se ha dado en llamar inteligencia no son más que *instintos necesarios*. El instinto, supliendo en ellos la falta de aquélla, les impele á obrar para su conservación con la misma ó mayor seguridad, quizá, que si tuviera, como en el hombre, la ciencia y la libertad.

Oigamos por unos instantes al mismo señor J. W. Draper en su obra intitulada *Historia del desarrollo intelectual de Europa*, á pesar de su espíritu anticatólico.

«El hombre, dice el profesor de Nueva-York, tiene muchos puntos comunes y de contacto con los animales, que se le asemeja por su estructura anatómica, y como ellos, es una sucesión continua de materia y un gasto también continuo de fuerzas: las impresiones causadas por los objetos exteriores se reúnen en sus ganglios sensitivos para examinarlas después y para convertirlas en motivos de acción. Pero el hombre difiere de los animales en que, lo que en éstos es preparatorio y rudimentario, en aquél es completo y perfecto.

«El aparato instintivo, continúa, ha producido por su desarrollo un aparato intelectual. Los cuadrúpedos más perfectos necesitan un estímulo exterior para determinar el ejercicio del pensamiento; pero luégo el pensamiento sigue una marcha determinada y las acciones del animal indican que raciocina conforme á los mismos principios que el hombre, y de los hechos que puede observar, saca, como el hombre, consecuencias más ó menos exactas; una vez formado este instrumento intelectual entra en seguida en ejercicio, y se producen resultados de un orden enteramente superior. La sucesión de las ideas deja de ser arbitraria y pueden producir otras nuevas, no sólo bajo la acción de causas externas sino en virtud de una influencia interna y espontánea. Lo pasivo deja lugar á lo activo. El animal se acuerda, la asociación es peculiar al hombre. Todo concurre á demostrar que al desarrollo y perfección del instrumento intelectual ha seguido la adición de un agente ó principio capaz de servirse de él. Existe, por lo tanto, una diferencia esencial entre el bruto y el hombre, no sólo en lo que concierne á su constitución, sino en lo que se refiere á su destino.»

Este pasaje de Draper, que tiene su contestación en lo que antes hemos ma-



nifestado y en lo que aún nos falta que exponer, demuestra que el autor de la *Historia de los conflictos entre la Religión y la ciencia*, sabe modificar sus opiniones, presentándose algunas veces como un verdadero eclético.

En las plantas y en los animales inferiores, en aquellos que no percibimos ningún fenómeno que indique que haya en ellos signos de sentimiento, la existencia de una sustancia espiritual y simple será siempre muy dudosa. En los animales superiores se reconocen los fenómenos propios de la vida, los cuales se explican sin que intervenga el principio espiritual como en los otros seres de un orden superior. Pretender que la fuerza vital sea un agente ponderable, lo cual no sería en el fondo un absurdo, que realiza las funciones de un ente espiritual, no deja de ser hoy un error grave. Podrá aceptarse que esta fuerza sea corpórea, pero insuficiente para sustituir en sus funciones al principio anímico; porque el sentimiento, la sensación y la voluntad sólo son atributos de un sujeto simple y espiritual. El principio sustancial anímico será necesario para la vida de los animales dotados de sentimiento, imaginación, memoria y estimativa, cuando la vida fisiológica se sostenga por causas extrañas á toda facultad psíquica. No es el alma racional que falta al cuerpo humano cuando deja de existir, dice un pensador ilustre, sino el cuerpo que pierde las condiciones de la vida; de suerte que el alma ya no puede servirse de él, ni mucho menos guiarlo, dirigirlo y conservarlo, arreglando, modificando y probablemente excitando, sin saberlo, ciertas funciones vitales. La vida, en general, permanece durante algún tiempo en aquel miembro que se ha separado del tronco y del centro cerebral, y por otra parte el principio anímico cesa de ejercer su acción sobre todo miembro en el cual la vida ha terminado, quedando unido al resto del cuerpo que la conserva.

Los pólipos, los rizomas, los microzimas y los foraminíferos y algunos otros animales que no tienen la individualidad propiamente dicha; animales que algunos naturalistas han comparado á las yemas de las plantas, unidos entre sí por una masa común de materia viva, con órganos especiales y con ciertas funciones peculiares, pero sin sensibilidad interna ni externa, carecen en absoluto del principio sustancial anímico y viven solamente con vida corpórea.

El honorable señor Pouchet, en su obra, que lleva por título: *El universo, los infinitamente grandes y los infinitamente pequeños*, examinando la cuestión bajo otro aspecto, descubre en estos animales, que deben mirarse como miniaturas de la creación, facultades nobles y levantadas, sensaciones perfectas, á las que siguen, en opinión de este sabio, la *comparación* y el *juicio*. Este modo de ver nada tiene de extraño, atendiendo las doctrinas científicas que sustentan este autor.

Cuando dividimos á ciertos animales en dos partes, cada una constituye un

sér animal que vive y se desarrolla por sí. La actividad vital de estas partes continúa como en el todo, y alguno ha creído posible que un nuevo principio sustancial necesario para la excitación de las funciones fisiológicas se ha creado *ad hoc*; lo cual no deja de ser una hipótesis aventurada.

Se ha indicado otra manera de apreciar este fenómeno, quizá más aceptable, y que sus autores presentan del modo siguiente: Si en estos animales no se reconocen signos evidentes de sensación, sentimiento y voluntad, se puede decir en tesis general que carecen de semejante principio sustancial; ó bien, que aquellos que están dotados del signo sentimiento tienen muchos de dichos principios y sólo uno se halla en inmediata relación con los órganos ya desarrollados para que domine en el conjunto, mientras que los demás obedecen á las excitaciones del principio imperante. Pero sepárese un ganglio, asiento de uno de estos principios, y se verá que adquiere suficiente desarrollo para que sus facultades se ejerzan con mayor energía sobre órganos mejor preparados.

La acción del alma sobre el cerebro, la médula espinal y el sistema nervioso en general está fuera de toda duda y objeción. ¿Los animales inferiores, los micrózomos, los rizópodos, zoófitos, infusorios, foraminíferos y espongiarios están provistos de sistema nervioso?... No es posible negarlo ni concederlo, y por hoy sólo la *duda* puede admitirse sin dificultad. No obstante, la presencia de un principio sustancial será probable para aquellos animales que presentan de un modo claro la evidencia del sistema nervioso, y en aquellos otros donde este sistema reconoce varios centros independientes, capaces de vivir con absoluta separación. Téngase presente que en el hombre y en los animales superiores el sistema nervioso conserva la excitabilidad y la potencia motora en el tronco, en aquel momento que sigue á la decapitación y aun algún tiempo después. De aquí se infiere que los movimientos producidos por los nervios excitables y contráctiles no se consideran por sí como indicio cierto de la presencia del alma de otro principio sustancial, porque para ello sería preciso que el movimiento fuese ejecutado con intención.

Se admite por muchos pensadores de las escuelas materialista y positivista que en el hombre y los vertebrados el cerebro es el sitio principal de toda espiritualidad, de donde parten los movimientos intencionales y voluntarios, y terminan las impresiones que excitan la sensación, siendo los nervios los conductores. Suprimid el cerebro, dicen, y desaparecen el pensamiento, la sensación, el sentimiento y el movimiento voluntario; suprimid un nervio, y quedan paralizadas las impresiones que este nervio transmitía. En la anestesia los nervios existen, pero han perdido la facultad conductriz, lo que prueba lo erróneo de esta hipótesis.

¿Debemos, por consiguiente, aceptar un *centro cerebral*, esto es, un punto



único, desde el cual el alma obra inmediatamente con toda la plenitud de su actividad, en tanto que actúa como fuerza inteligente, sensible, voluntaria y motriz? El alma racional y el principio anímico ejercen su acción como fuerza sensible y motora, no sólo sobre un punto dado del cerebro y sobre toda la masa, sino en el conjunto del sistema cerebro-espinal, en sus últimas ramificaciones y hasta en los ramos nerviosos más diminutos del gran simpático.

Pero, ¿acaso todos los animales de un orden inferior están provistos de cerebro? Para aquellos que aceptan las opiniones del señor Lordat, el reino homínal será el único dotado de alma racional, y tanto los animales como las plantas sólo contienen lo que este sabio profesor distingue con el nombre de *sentido íntimo*.

«Empezamos por declarar, dice el ilustre señor de Flammarion, que el primer carácter, el eminente distintivo del hombre es su inteligencia, y por lo tanto su puesto filosófico no depende de las clasificaciones que establezca la historia natural. Por su perfectibilidad, cuya causa principal debe atribuirse al *lenguaje*, por su inteligencia y su razón, y en fin por sus facultades espirituales, el hombre domina la Naturaleza terrestre entera. Su espíritu no está bajo el dominio del escalpelo. El valor del hombre no consiste en su cuerpo, ni en su esqueleto, ni en su hígado, ni en su bazo, sino en su carácter intelectual.»

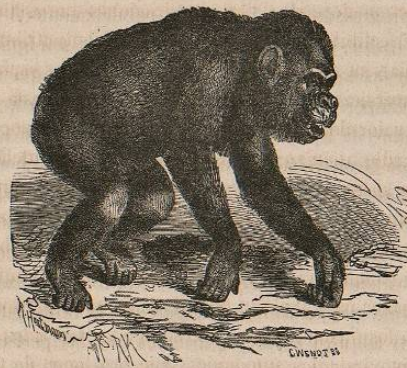
Muchos sabios sostienen que ciertos mamíferos poseen alguna inteligencia y memoria y algún juicio y raciocinio, cuyos actos son dignos de estudio. El caballo, dicen, conoce perfectamente el camino que otra vez ha recorrido, y el perro y el elefante recuerdan las personas que los castigaron ó que los cuidaron, aun después de haber pasado algún tiempo. Estos actos y otros de igual naturaleza, continúan los mismos autores, no son en verdad actos instintivos, por que determinan movimientos automáticos que provienen de funciones donde la inteligencia ejerce su acción de una manera indubitable. El instinto, añaden, no existe, es una quimera.

Sin embargo, los animales de un orden superior, los vertebrados, y entre ellos los mamíferos, presentan marcados fenómenos, que obligan á que muchos sabios les concedan ciertas y determinadas facultades, aun que en diferentes grados de intensidad; mas á pesar de todo, no pueden distinguir lo infinito ni lo absoluto, ni mucho menos los finitos y los contingentes, ni la idea del Sér necesario, eterno y creador de cuanto existe. La inteligencia y la razón serán siempre las primeras y más sobresalientes facultades del linaje humano, y en vano se buscarán en ningún otro sér animal.

Otros sabios se esfuerzan en enaltecer y exagerar las direcciones más ó menos extraordinarias que maravillosas, especiales á los animales, sin duda para aproximarlos al hombre, y buscan datos y fenómenos, que rebajando cuanto

corresponde al instinto, al hábito y aun á la costumbre, les permita aumentar el valor de la inteligencia que suponen haber observado en los brutos. El materialismo encuentra en esto argumentos que llama concluyentes, y con los cuales busca materiales para sostener sus doctrinas anticatólicas. Recordaremos que el *instinto es innato*, invariable y fatal en sus actos, que obra sin instrucción ni experiencia, incapaz de admitir modificación ni adelanto, antitético á la inteligencia é independiente de la voluntad. En la inteligencia todo obedece al estudio, á la experiencia, á la instrucción y especialmente á la libertad.

No corresponde á nuestro objeto presentar otros datos para sostener nuestras opiniones, y aun así nos hemos extendido demasiado; pero demos por sentado por un momento, y reconozcamos por de pronto, que los animales gozan de un alma especial, que tienen inteligencia é instinto á la vez, y en virtud de es-



Troglodytes calvus.

tas facultades piensan, reflexionan, comprenden, eligen, se deciden, recuerdan, adquieren experiencia, aman, aborrecen, juzgan... y, en fin, se mueven y obran por efecto de un impulso fatal y necesario sin tener conciencia de ello... ¿Queréis más, señores materialistas? ¿Necesitáis otras concesiones, señores unicistas?... Pues bien; son vanos cuantos esfuerzos haga vuestra ciencia engañosa, porque Dios ha puesto entre el hombre y el animal más inteligente de vuestro repertorio un abismo que se pierde en la inmensidad. Existe la misma distancia que hay entre el Vaticano, las basílicas de San Pablo en Londres y la de San Pedro en Roma, el Escorial... ó cualquiera de los palacios levantados en nuestros días en honor de la industria, y las madrigueras del castor, el nido de las avispas, la colmena de las abejas, los escondites del regaliolo macho (troglodita) de la América del Norte, ó la barraca del *troglodytes calvus* que tanto entusiasmo



á Pablo Duchauillu. La presencia del hombre se reconoce por todas partes por sus obras especiales, por sus grandiosos proyectos, por sus levantadas concepciones, y por sus atrevidas, colosales y gigantescas invenciones, que antes y ahora realiza salvando cuantos obstáculos puede presentarle la Naturaleza. Aceptando el hombre prehistórico hipotéticamente, en el sentido exagerado que se le da; su presencia en el período terciario y aun durante la época silúrica, los utensilios y demás objetos que se presentan para testificar esta atrevida y falsa hipótesis, por rudimentarios que se les suponga, indican y representan una inteligencia y una razón que no se descubren en ningún otro ser animal. Si en la infancia del hombre, si en los primeros tiempos de habitar el planeta, si después de la dispersión bíblica perdió una parte de aquellas dotes sublimes que reflejaban en él la imagen de su Criador, si disminuyeron sus facultades psíquicas ¿á qué altura se hallarían las de los otros seres menos perfectos en el reino zoológico? ¿Han progresado estos individuos paralelamente al hombre? Ciertamente que no. El castor, la abeja, el troglodites de hoy, son iguales, construyen sus nidos y tienen las mismas habilidades que aquellos que vivieron en tan remotas épocas. Empero el hombre que llamáis de las cavernas, es en estos momentos el hombre de los palacios, de la imprenta, de la fotografía, de las líneas férreas, de la electricidad dinámica... el hombre que horada las grandes cordilleras y atraviesa el Océano con un túnel subterráneo. En las nobles artes, en las aplicaciones de las ciencias exactas, físicas y naturales á las diferentes industrias, á las artes manufactureras, á la agricultura, al comercio. etc., absolutamente en todo cuanto han ostentado y ostentan las civilizaciones, se vé la Omnipotencia Divina que jamás ha permitido que el bruto pueda equipararse con el hombre, ni adquirir otras perfecciones que las perfecciones peculiares á su especie. Repitámoslo: el hombre salió perfecto de las manos del Creador. Las habilidades del orangutang de que nos habla el respetable Conde de Buffón; aquella gravedad de otro moño que tanto admiraba el señor Flourens; la perspicacia de aquel otro que escondía las avellanas; los osos que asombraron á todo París porque no quisieron comer los bollos de pan impregnados de ácido cianhídrico (que dicho sea con perdón de aquellos naturalistas, tiene un olor y sabor detestables); el *raciocinio animal* que alababa el señor Federico Cuvier... el perro de aguas que lleva en la boca la ropa, los faroles encendidos á los extremos de un palito, la comida del amo, ó que va por agua... el pajarito que dispara el cañón todos los días en la plazuela de Santo Domingo (Madrid); el sajú que hacía ruido con el tambor en la puerta del Sol, mirando de reojo el látigo del amo; los pájaros sabios, el burro inteligente y sabio que se exhibió en el verano de 1880 en el Circo de Price; los perros amaestrados del señor Pinto y otras mil puerilidades que ejecutan los animales con frecuencia, para

entretener á los chicos y á los ociosos, no son el resultado de la inteligencia, sino la perseverancia de sus dueños, del castigo, del hambre, tal vez del fuego; todas estas habilidades las adquiere el animal por la costumbre, por *el hábito* y nada más que por *el hábito*. Ninguno de ellos conserva tamañas habilidades, ni mucho menos las puede transmitir á sus hijos, ni á otros individuos de su especie. La decantada inteligencia de los animales en los diferentes grados que se les señala, sólo existe en el entusiasmo de sus admiradores, que exageran ciertos actos que el bruto ejecuta sin saber por qué, ni cómo y los cuales olvida así que deja de repetirlos. En todo esto no vemos más que el anhelo de buscar tanto en el ser espiritual como en el organismo humano la evolución y el transformismo, y este entusiasmo que se llama científico, confundiendo la inteligencia y la razón propias al hombre, con el hábito adquirido, con la costumbre y probablemente con el instinto entrañado en la naturaleza de cada especie animal.

Todos estos progresos de los animales que con tanto entusiasmo nos relatan los amantes del positivismo científico y los transformistas recalcitrantes, habían sido indicados ya por Fr. Luis de Granada en su libro *el Símbolo de la Fe*, haciendo curiosas descripciones de la astucia de la zorra, del lobo, del tigre, del león, del gato, de la araña y de otros varios animales. El instinto, y sólo el instinto peculiar á cada especie, induce á estos actos manifiestamente invariables en cada uno de ellos.

Si el perro conoce á su amo, es sólo cuando ha adquirido la costumbre de verle y recibir de su mano el alimento y repetidas caricias; si se pára después que se le llama habiendo hecho algún daño, no será porque reconozca este daño, si no por el temor y por el tono imperativo del dueño, ó porque ve en la mano el látigo con que se le castiga. Convenimos que el perro puede ir en busca del agua y que las abejas sostendrán el panal de la colmena cuando ha comenzado á desprenderse, como nos cuenta el señor Houzeau; pero ¿qué pretende deducir de todo esto? ¿que el bruto tiene memoria? Sí; mas será una memoria infecunda, incapaz de generalizar idea alguna, y procedente tan sólo del *instinto*; porque sus funciones no alcanzarán jamás á saber por qué ejecuta todos aquellos movimientos que otro individuo de la misma especie ejecutará con igual maestría y por idéntico motivo. Siempre que al perro se le llama en tono cariñoso, viene y obedece contento aun cuando acabe de realizar un acto prohibido por sus dueños; pero que el animal no puede juzgar si ha hecho bien ó si ha obrado mal. ¿Qué comprende ninguno de estos seres de lo que es bueno ni lo que es malo, de lo que es moral ó inmoral, de lo que es útil ó perjudicial en cualquier sentido que se apliquen estas palabras? Convenimos en que el perro reconoce su nombre, las personas de su casa, las horas



de la comida y hasta los días de la semana; pero ¿qué otra cosa son todas estas habilidades que los progresos de la costumbre y el hábito? En algunas novelas que leíamos en nuestros años juveniles y en otras muchas ocasiones hemos visto varios animales que sabían componer con determinadas letras un nombre dado; si se variaban las letras ó se ponía otro abecedario de diferente color ó figura toda la habilidad del animal concluía, y su ponderada inteligencia quedaba desvanecida. Las opiniones de los sabios son en este punto contradictorias, y el problema presenta oscuros horizontes, por más que el materialismo propague lo contrario. Para esta escuela todos los animales realizan cuantas operaciones intelectuales corresponden al hombre; para los sabios que no aceptan estas hipótesis los brutos carecen de inteligencia y de las demás facultades peculiares á el alma racional. Dally, Samsón, Brown y otros naturalistas de su escuela han visto desaparecer sus ilusiones antropomórficas ante la certeza bien probada de que *el hombre salió perfecto de las manos del CREADOR.*

Para la mejor inteligencia del lector, y continuando en nuestra imparcial tarea, no parecerá extraño que demos á conocer, siquiera sea en extracto, las ilustradas opiniones del R. P. Cornoldi: «El cuerpo del animal, dice este sabio, no es sólo un compuesto químico, ni tampoco un organismo vivo dotado sólo de vida vegetativa, sino que está dotado además de vida sensitiva. Un animal perfecto goza, como el hombre, de las dos facultades, aprehensiva y apetitiva; posee los cinco sentidos exteriores y la imaginación; se nutre, crece y engendra. Y como no puede haber operación sin operador, fuerza será afirmar que el bruto se halla en posesión del principio inmediato y mediato de la vida sensitiva ó que posee un alma sensitiva. La sana filosofía demuestra que el alma de los brutos no es materia sino material, de manera que en su sér y en su operación depende de la materia; que esta alma es idéntica con el principio vital, ó bien que es la forma sustancial específica del mismo bruto y se encuentra esencialmente en cada una de sus partes vivas. La forma sustancial compone con la materia informada un solo y único principio de operación, no ya simple sino compuesto, y compuesto por combinación de sustancia y naturaleza, y no por aproximación y agregación de las partes. El sér que resulta no es materia ni forma, pero está constituido á la vez de materia y forma sustancialmente unidas. Por esto el alma de los brutos es esencialmente distinta del alma inmaterial y subsistente en sí, como el alma humana. No puede decirse que sea una fuerza asistente, porque no opera sobre el cuerpo á que está unida ó anima en calidad de causa eficiente; pero es una fuerza informante; y porque es esencialmente material, es decir, que depende de la materia, no puede ser el término de una creación ó de una aniquilación divina, y necesariamente debe extin-

guirse con el cuerpo; pues no ha sido producida por creación sino por generación. Deriva del cambio sufrido por la materia en virtud de la acción generatriz; pero mutación de orden tal que supone necesariamente la intervención divina.

»Hemos demostrado ya que las plantas no pueden derivar de la unión de los elementos ó de los compuestos químicos, porque la forma sustancial debe nacer de un cambio en la materia que no puede resultar en manera alguna de la operación de los elementos ó de los compuestos químicos. Y si por este motivo las plantas, en los primeros individuos de su especie, deben haber sido producidas inmediatamente por Dios, los animales, que estando asimismo dotados de vida vegetativa no son menos perfectos que las plantas, y sin duda alguna más perfectos, han exigido también para producirse la intervención inmediata de Dios. Esta conclusión se presentará más evidente y necesaria cuando se considere á los animales en lo que tienen propiamente de específico.

»En efecto, asombra el considerar la belleza, variedad y orden de los organismos animales.

»Sería locura afirmar que este admirable organismo es el resultado fortuito de un encuentro accidental de moléculas de oxígeno, hidrógeno, carbono, azoe (nitrógeno), etc. Y estos instintos que guían al animal en aquello que se refiere á la nutrición, á la generación, á la distribución de su vivienda, á la fabricación de los instrumentos ó trampas con las cuales coge su presa, la construcción de sus nidos, etc., etc., ¿no acusan la presencia de un motor infinitamente sabio, ó al menos la presencia de un intermediario activo entre el animal y este motor supremo? Semejante intermediario es el alma ó la forma sustancial, única del animal que por necesidad ha de proceder de Dios. Pero ¿cómo? No se puede, no se debe decir que desde el primer instante de la generación de los animales Dios haya creado sus almas sensitivas y enseguida las uniera á diversos cuerpos; pero sí que ha hecho experimentar á la materia las mutaciones de las cuales debían derivar los principios seminales generadores de los animales, ó que por su virtud todopoderosa ha formado los cuerpos organizados de los primeros animales y producido en ellos por mutación de la materia, el alma ó la forma sustancial, principio de la vida vegetativa ó de la vida sensitiva; principio también de todos los movimientos que en los animales proceden del interior y deben llamarse fisiológicos.»

«Adición.—No he conocido, añade el sabio abate Moigno, hasta después de algunos días las siguientes atinadas consideraciones del gran Cuvier, que me complazco en unir á este apéndice.»

«Las bestias, dice Cuvier, son los animales sin razón, es decir, los animales que difieren del hombre, porque sólo á éste atribuimos la razón. En general



tienen los mismos sentidos que nosotros y están afectados de igual manera; por consiguiente se mueven en virtud de las sensaciones que reciben, y buscan escaparse, defenderse, coger, atacar, según estén movidos por el placer, ó por el dolor. Son susceptibles de relaciones morales con los otros seres sensibles; se aficionan á los hombres ó á los animales que les hacen bien, toman aversión á aquellos que los atormentan. La afección puede nacer del hábito de estar juntos, y alguna vez su odio ó aborrecimiento parecen reconocer por causa un simple capricho. Estas disposiciones suponen memoria y el sentimiento, al menos confuso, de las relaciones de las cualidades del objeto, y de las de los otros individuos con el sér que siente.

»Pueden existir en distintos grados para una multitud de seres diferentes que el mismo animal distinguirá perfectamente los unos de los otros. Las bestias presentan signos de estas afecciones con la sola intención de atestiguarlas, y estos signos son muy semejantes á los que nosotros daríamos; adquieren por experiencia cierto conocimiento de las cosas físicas, de aquellas que son peligrosas y de las que no lo son; evitan las primeras sólo por efecto de esta experiencia y de la memoria que es su origen, sin ser determinadas por atractivo ó por repugnancia actual; saben que tal acción será castigada por su amo y que tal otra será recompensada; se abstienen ó la realizan, no sólo sin estar marcada por un atractivo ó una repugnancia actual, sino á pesar de este atractivo ó repugnancia, y por la conciencia de que se volverá un castigo ó una recompensa; conocimiento que supone la memoria y el sentimiento de la analogía, esto es, del principio que una cosa ya consumada volverá á realizarse, si se presentan las mismas circunstancias. Las bestias sienten también su subordinación; parece que conocen que el sér que les castiga tiene libertad para no hacerlo, porque á su presencia toman una actitud suplicante, cuando se consideran culpables ó lo ven enojado. Cuando sus emociones ó sus pasiones reaccionan sobre sus funciones involuntarias, lo hacen del mismo modo que en nosotros; así, la sorpresa suspende su respiración, el miedo las hace temblar y el terror excita en ellas un sudor frío. Las bestias se perfeccionan ó degeneran en nuestra sociedad casi de la misma manera que nosotros. Los cuidados y atenciones les dan necesidades que no conocieron en el campo, la educación les hace brillar en acciones, á las cuales su estructura no las tenía dispuestas; y bien dirigida esta educación les dá docilidad, dulzura y actividad, ó por el contrario, las pone más ariscas, rebeldes, fáciles á encolerizarse y hasta más perezosas de lo que serían en su estado natural. Las bestias son susceptibles de ciertas cualidades que evidentemente sólo se refieren á un principio sensitivo; por ejemplo, la emulación se manifiesta claramente en los caballos amaestrados en las carreras; los celos, no solamenté aquellos que tienen por objeto la satis-

facción de sus necesidades físicas que unos no gozarían sino excluyeran de ellas á los demás, sino los que se refieren á las afecciones morales, pues ¿quién ignora que los perros se disputan las caricias de sus amos?

»Las bestias tienen no sólo entre sí un lenguaje natural, que, en verdad, no es más que la expresión de sus sensaciones de momento; sino que el hombre les hace conocer un lenguaje más complicado, por el cual entienden su voluntad y les obliga á ejecutarla con precisión. Así, no sólo los pequeñuelos entienden á su madre y vienen á ella cuando los llama, sino que huyen siempre que les advierte el peligro. Pero las bestias aprenden la significación de una multitud de palabras articuladas por el hombre y obran en consecuencia sin equivocarse. *No se puede, por lo tanto, negar que en las bestias hay percepción, memoria, juicio y hábito; y el hábito en sí no es otra cosa que un juicio, que se hace muy fácil á fuer de repetirlo, que lo ponemos en acción antes de habernos apercebido que lo hemos realizado en espíritu. Nos parece asimismo que en las bestias se notan iguales facultades que en los niños, sólo que en el niño su estado se perfecciona á medida que aprende á hablar; es decir, á medida que forma con sus sensaciones particulares ideas generales y que aprende á manifestar estas ideas abstractas con signos convencionales. Es también cierto que desde esta época datan los recuerdos distintos de los hechos. La memoria histórica tiene el mismo origen y el mismo instrumento que el raciocinio; este instrumento es el lenguaje abstracto. Es esto, continúa Cuvier, un simple hecho de historia natural que nada tiene de común con el sistema metafísico que se llama materialismo; sistema tanto más débil cuanto que tenemos aún muchas menos nociones sobre la esencia de la materia que sobre las del sér pensante, y que por consecuencia no aclara ninguna de las dificultades de tan profundo misterio.*

»¿Por qué, dice, el animal no es susceptible de igual perfeccionamiento que el niño?

»¿Por qué jamás ha tenido lenguaje abstracto, reflexión ni memoria detallada de los hechos, ni sucesión de raciocinios complicados, ni transmisión de experiencias adquiridas? ó lo que es lo mismo, ¿por qué cada individuo ve su inteligencia contenida en tan estrechos límites, y por qué se halla forzado á recorrer precisamente el mismo círculo que los individuos de la misma especie que le han precedido? Las grandes diferencias que distinguen las especies de los animales son bastantes para explicar las diferencias de sus facultades; *pero ¿serán bastantes para que puedan dar razón de la enorme distancia que existe, en cuanto á la inteligencia, entre el hombre y el más perfecto de los animales, mientras que la hay tan poca en su organización?»* (Les Splendeurs de la Foi, Apéndice D. del tomo II).